



fundación  
Ramón y Katia Acín

## Félix de Azara y Perera, el hombre que supo ver



El famoso dicho *la curiosidad mató al gato*, cuyo origen parte de una comedia estrenada en 1598 por el dramaturgo inglés Ben Johnson y en la que aparece el texto como *el cuidado mató al gato*, no parece aplicable al personaje al que ya anunciamos entregas atrás, Félix de Azara y Perera. Su espíritu curioso e ilustrado le condujo, por azares del destino, a emprender una ingente como improvisada tarea de investigador en las últimas dos décadas del siglo XVIII y que le ha merecido un lugar de honor en la Historia de los naturalistas por su concienzudo y acertado estudio de las especies existentes en los hasta entonces inexplorados territorios de la América meridional.



Francisco Goya realizó el retrato que aparece a la izquierda. Se trata de Félix de Azara, quizás uno de los más hermosos y afectivos creados por el pintor. Aparece de pie, con uniforme de brigadier de la Armada mirándonos a los ojos mientras detrás de él una multitud de animales le acompañan en unos estantes. Y en su mano derecha, un billete en el que Goya escribió el nombre del retratado y abajo, la firma del pintor y la fecha, 1805.

Goya no ocultaba sus sinceridades con los personajes que le tocó retratar. No es casual la calidad de retratos como el de María Teresa de Ballabriga, condesa de Chinchón, a quien Goya profesaba un paternal afecto desde que la conoció de niña durante sus dos estancias en Arenas de San Pedro, aquel reino de cristal donde vivían don Luis de Borbón y su esposa Teresa de Ballabriga, sus padres, desterrados por su hermano Carlos III por el matrimonio morganático de suponía la boda de un miembro de la familia real con una persona de rango inferior. Tampoco esconden el cariño en los que realizó a su amigo de infancia Francisco Zapater, o el delicado que regaló a Sebastián Martínez, como reconocimiento cuando el pintor, gravemente enfermo, estuvo a su cuidado en su casa gaditana y cuya secuela más sobresaliente fue la sordera. O el retrato de Jovellanos y otros amigos ilustrados.

Azara era también un espíritu ilustrado aunque muy probablemente no se conocieron antes del retrato.

Azara perteneció a una familia infanzona formada por Alejandro Azara y María Perera, quienes mantuvieron unas holgadas propiedades desde su hogar de Barbuñales, pueblo del Somontano oscense a unos veinte kilómetros de Barbastro y cuarenta de Huesca.

El matrimonio tuvo siete vástagos, seis varones y una mujer

El primero fue Eustaquio, nacido en 1727. Tras estudiar Filosofía y Derecho en la Universidad Sertoriana de Huesca, a finales de 1748 ingresaría en la orden benedictina. En la RAH se le califica como *humilde, afable con todos, caritativo y generoso, fomentó las artes, las ciencias y la industria, además de formar parte de la Sociedad de Amigos del País de Zaragoza y Huesca.*

Fue segundo José Nicolás 1730. Estudió Derecho en la Sertoriana hasta 1749 cuando pasó a la Universidad de Salamanca. El rey Carlos III lo nombró en 1760 oficial mayor en la Secretaría de Estado. Diplomático, ilustrado, bibliófilo, mecenas coleccionista de arte, académico, aficionado a la arqueología, literato, traductor y editor fue siempre una imagen ejemplar de su hermano pequeño Félix, quienes se reencontrarán tras muchas decenas de años dada la diferencia de edad entre ambos.

Tercero sería Mateo, nacido en 1733 y que, tras la misma carrera de sus hermanos, llegaría a ser Auditor Real en la Audiencia de Barcelona.

Lorenzo, 1736, sería el cuarto hijo que tras mismos estudios en la Sertoriana sería profesor de esta además de Deán de la Catedral oscense.



La única mujer nació en 1739 y se llamó Mariana. Casó con José Bardají, cuyos hijos fueron Dionisio, cardenal, Eusebio Ministro de Estado tres veces con Fernando VII y Anselmo, marino

Y fue Félix el penúltimo de los hijos y nacido en 1742. Se comprenderá pues la separación con su hermano José Nicolás.

El último hijo -1744-fue Francisco Antonio, quien heredaría las posesiones familiares y sería regidor de Huesca hasta su fallecimiento.

Poca información tenemos de la vida familiar de los Azara, pero de la relación que hemos hecho y de sus proyecciones en la vida puede intuirse una esmerada formación por parte de preceptores bien elegidos que dotaron de amplio conocimiento a unos niños en el seno de una familia cultivada.

Por la lista puede verse que Félix se salió de la línea dibujada por sus progenitores. La universidad escolástica ceñía sobre todo sus estudios a la filosofía dirigida por la iglesia católica, apostólica y romana y a las leyes, camino para dirigentes, eclesiásticos o políticos, casi intercambiables. También formaban en medicina, la tradicional galénica, lejana a los principios científicos más allá de los preceptos cristianos patentados siglos antes.

Félix aspiraba a la ciencia, que no encontraba sitio en lo programado. Eran los estudios militares los que formaban a ingenieros o arquitectos. Por ello Félix intentó entrar en los estudios militares más la edad le impedía ese camino ya que era mayor de 18 años. Quizás ese rechazo fue motivo para que unos años después sí lo consiguiese, -ayudado por el conde de Fuentes, muy amigo de la familia Azara- por lo que en determinadas biografías aparezca nacido cinco años después de su alumbramiento verídico, 1842, y conste 1846.

De entre las variadas biografías y estudios sobre Félix de Azara, hay uno que queremos resaltar. Se trata de la obra publicada en 1935 por un singular personaje, Enrique Álvarez López. Perdedor de la guerra tras la sublevación y la posterior dictadura franquista fue un exiliado interior. Perdió su carrera científica, y económica. Sí tuvo alicientes para no morir, el respetuoso y solidario acompañamiento de quienes habían formado parte de su trabajo científico. Es precisamente en la obra que Enrique López dedicó a la figura de Félix de Azara donde aparece erróneamente datado su nacimiento en 1746. En su admiración por el naturalista, Álvarez llega a calificar a su personaje casi como precursor de Darwin, hipérbole innecesaria pues la inmensa labor de Azara merece por sí sola el reconocimiento que le ha concedido la Historia.

Acerca de los primeros pasos militares de Azara nos dice Enrique Álvarez:

Concluida así su preparación de ingeniero, en años sucesivos se le ve ejerciendo esta profesión; como tal toma parte en los trabajos de fortificación de la plaza de Figueras. llamando la atención, según su biógrafo Castellanos de Losada, "por su gran saber e inteligencia en la arquitectura y dibujo militar". El comandante de Ingenieros D. Pedro Cermeño requiere su colaboración en 1769 para la realización de determinados trabajos hidráulicos en los ríos Jarama y Henares, eligiéndole para el primer lugar entre los dos ingenieros que, según disposición superior, habían de pasar a sus órdenes. Desempeñado su encargo al cabo de un año, y probablemente por los méritos contraídos al realizarlo, a su regreso a la guarnición de Barcelona fue designado nuevamente por el propio D. Pedro Cermeño para acompañarle en los trabajos de reconstrucción y reparación de las fortalezas de Mallorca, distinción evidente, ya que Cermeño tenía la orden expresa de designar para tal misión oficiales de grandes conocimientos y que le mereciesen la mayor confianza. Como resultado de su acertada cooperación, fue recomendado al Gobierno por su superior, y en 1774 se le designó "maestro de los estudios de ingenieros en la plaza de Barcelona y se le ascendió a ayudante del arma". □



Prosiguiendo las notas biográficas acerca de Félix de Azara, vimos que había alcanzado reconocimiento por su concienzudo trabajo como ingeniero militar. En 1780 había sido nombrado teniente coronel de ingenieros y destinado a Guipúzcoa, siendo además designado miembro de la comisión de límites marcada por el acuerdo de paz de El Prado para resolver los litigios fronterizos entre España y Portugal en tierras de América meridional.

En San Sebastián se encontraba cuando recibió un aviso urgente para presentarse en Lisboa ante el embajador español con el fin de embarcarse con destino a América:

“Partí a la mañana siguiente al romper el día, habiendo tenido la suerte de llegar pronto y por tierra a mi destino. El embajador me dijo únicamente que iba a partir con el capitán de navío don José Varela y Ulloa y otros dos oficiales de Marina; que estábamos todos encargados de una misma comisión, que el virrey de Buenos Aires nos comunicaría en detalle, y que debíamos marchar inmediatamente a esta ciudad de la América meridional en un buque portugués, porque estábamos en guerra con Inglaterra”



Y prosigue la referencia biográfica de la Real Academia de la Historia:

La embarcación alcanzó Río de Janeiro el mes de marzo de 1781 y el teniente coronel se había convertido en capitán de fragata incorporándose a la Armada, cuerpo al que pertenecían el resto de los comisarios. Su periplo americano duró casi dos décadas, no autorizándose su regreso a España hasta 1801 a pesar de su reiterada petición de traslado. En julio de 1794 escribía al primer ministro Antonio Valdés: “Habiendo esperado doce años a los portugueses, y pasado la mejor parte de mi vida en este país, el más remoto y trabajoso, es ya tiempo de pedir mi relevo. Porque no es posible que mis días sean suficientes a ver concluida mi comisión, ni que los comunes achaques de la edad puedan sobrellevar los trabajos de este destino equivalente a un triste destierro” (*expediente personal*, Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán). Pero el gobernante fue condescendiente con el retraso portugués e implacable con el destierro del oficial de Marina, que aún deberá esperar siete años para celebrar su retorno.

Durante su dilatada estancia en territorio americano Azara participó en la delimitación geográfica de la región del Brasil, en el reconocimiento de la costa septentrional, en la determinación de los límites del río Paraná, y dirigió la expedición que, partiendo de Buenos Aires, recorrió la extensa región de las Pampas para adelantar las fronteras hacia el Sur. El resultado de su exploración es una ingente labor cartográfica —destacando el mapa del distrito de la ciudad de Corrientes, el de las provincias de Misiones y Paraguay, y el curso del río Paraguay—, valiosos informes que son tratados sobre geografía política y humana, y un compendio de historia natural americana bajo la forma de *Apuntamientos* sobre los pájaros y los cuadrúpedos del río de La Plata y del Paraguay, con los que alcanzó fama y fortuna en Europa como naturalista.

Por fin, Azara fue llamado de vuelta a España, era 1801. Había transcurrido dos décadas en las que no estuvo ocioso ya que recorrió miles de kilómetros estudiando la flora y la fauna de aquellas tierras desconocidas. Y también se preocupó de estudiar las sociedades americanas construyendo así una inmensa obra en la que el ingeniero militar demostró gran habilidad y una excelente capacidad para improvisar una labor como naturalista partiendo absolutamente de la nada.

El regreso al continente europeo le deparó un precioso y anhelado regalo, reencontrarse con su hermano mayor Nicolás a quien apenas había llegado a conocer pues poco después de su nacimiento en la casa familiar de Barbuñales, el hermano había abandonado el hogar para iniciar sus estudios.



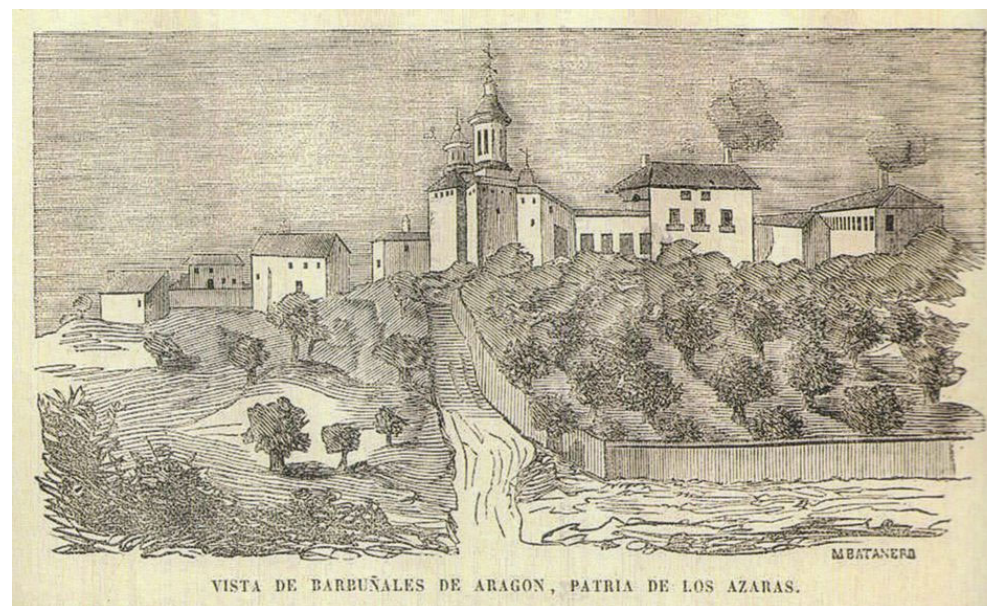
Tras volver a España Félix viajó a París para abrazar a su hermano a quien le había ido comunicando sus tareas por tierras americanas. Nicolás introdujo a su hermano pequeño, que entonces tenía ya 59 años, en los círculos científicos y culturales franceses, llegando a ser presentado a Napoleón y consiguiendo ver publicados algunos de sus estudios más sobresalientes. A pesar del buen recibimiento y reconocimiento por su inmensa labor, pesaba sobre Félix la figura del naturalista francés conde de Buffon, quien era considerado la eminencia indiscutida e indiscutible. Deberían pasar muchos años para que Azara fuese reconocido mundialmente por su labor que, en buena medida, rectificaba con evidencias empíricas algunas conclusiones y tesis de Buffon.

Siglo y medio después habría de llegar Darwin para colocar la figura de Azara en el lugar merecido. Darwin leyó la obra de Azara y le sirvió para ir soldando las piezas de su teoría de la evolución.

Poco tiempo pudieron disfrutar los dos hermanos de ese reencuentro tras décadas de lejanía. Nicolás fallecería en enero de 1804 y sería Félix quien trasladara sus restos para ser enterrados en su tierra.

Azara, de vuelta en España, tuvo que sufrir la guerra tras la invasión francesa. El hijo de la Ilustración, como le sucedió a Goya y a muchos otros, tuvo que sufrir la rotura entre su mente más cercana al progreso que representaba la Francia de la Revolución y la evidencia de los estragos que produjo la invasión de las tropas galas. Apoyó económicamente a los resistentes y tuvo que huir de su pueblo natal para refugiarse en Huesca, donde su hermano pequeño Francisco era regidor municipal. Fallecido Francisco, el concejo le propuso para el cargo de nuevo regidor. A las pérdidas familiares tuvo que sumar la intensa frustración que le produjo constatar la ruindad del Fernando VII que persiguió sin miramientos a todo aquel que simpatizase con las ideas liberales que había florecido con la Constitución de Cádiz, de la que perjuró.

Félix viviría hasta los setenta y nueve años y a su muerte fue acogido en el enterramiento de Vicencio Juan de Lastanosa, aquel humanista benefactor de Baltasar Gracián. Ahí siguen conviviendo en la armonía del conocimiento.□



# Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata

Félix de Azara. Edición póstuma realizada por su sobrino y heredero Agustín de Azara, Imprenta de Sánchez, calle Jardines. Madrid 1847

## Prólogo del autor (fragmentos)

1. El año de 1781 me embarqué de orden del rey [Carlos III de España, nota FRKA] en Lisboa y arribé al Brasil, de donde pasé luego al Río de la Plata. Allí me encargó el gobierno muchas y grandes comisiones, que no es el del caso especificar; bastando decir, que para desempeñarlas tuve que hacer muchos y dilatados viajes, y que hice voluntariamente otros con el objeto de adquirir mayores conocimientos de aquellos vastos países. En todas mis peregrinaciones observé siempre la latitud geográfica al medio día y a la noche por el sol y las estrellas con un buen instrumento de reflexión y horizonte artificial. Y con la proporción de ser el país tan llano, jamás omití el demarcar los rumbos de mis derrotas y los de los puntos notables laterales con una brújula, corrigiéndolos de la variación magnética que averiguaba con frecuencia cotejando su azimut con el que calculaba por el sol. Con estos fundamentos, sin usar jamás de estima o del poco más o menos, hice el mapa de mis viajes situando en él todos los pueblos, parroquias y puntos notables por latitudes y demarcaciones observadas y creo que ninguno de ellos tiene error. Tampoco creo lo haya en el mapa de las provincias de Chiquitos y Santa Cruz de la Sierra; porque lo hizo al mismo tiempo que yo el mío, mi compañero el capitán de fragata don Antonio Álvarez Sotomayor.

2. En cuanto a los ríos principales, creí ocioso navegar muchos de ellos, sabiendo que lo habían ya hecho otros facultativos con el mayor cuidado. Así copié las primeras vertientes del Paraná hasta su Salto grande, y del Paraguay hasta el Jaura que están en dominios portugueses, del mapa inédito del brigadier portugués don José Custodio de Saa y Faria, que anduvo muchos años por aquellas partes. Pero como no era astrónomo sino ingeniero, no merece toda mi confianza, aunque sí mayor que todos los mapas publicados hasta hoy. El curso del Paraná desde el citado Salto Grande hasta el pueblo de Candelaria, le copié del que hizo mi compañero el capitán de navío don Diego Alvear, que lo navegó y reconoció en tiempo de mis tareas; y el resto del Paraná hasta Buenos Aires, lo hicieron por mi orden navegándole, mis subalternos el capitán de navío don Martín Boneo, los pilotos don Pablo Zizur y don Ignacio Pazos y el ingeniero don Pedro Corbiño. Los mismos navegaron por disposición mía el río Uruguay desde Buenos Aires hasta su Salto, el Curugnati, el Jejuí, el Tebicuari y el Paraguay desde los diez y nueve grados de latitud hasta su unión con el Paraná; desde esta latitud hasta la boca del río Tauru, lo he copiado del de los demarcadores del tratado de límites del año 1750.

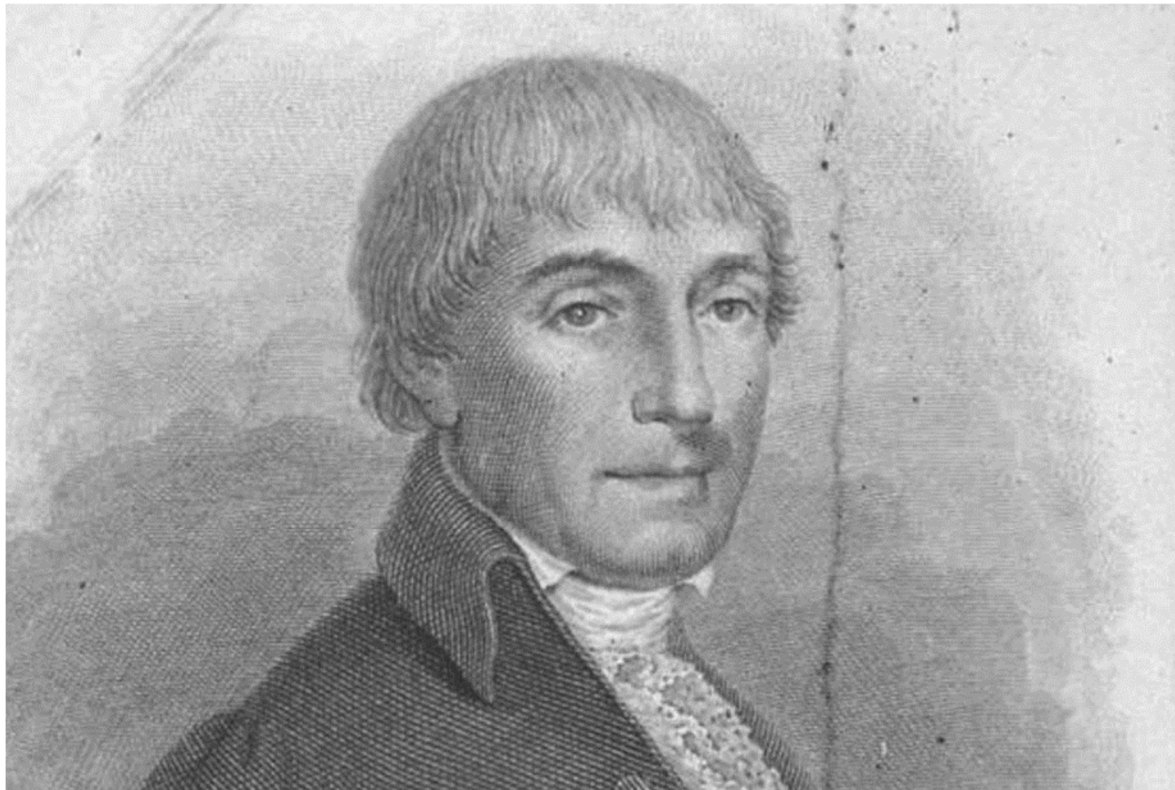
3. Por lo que hace a los tributarios de los citados ríos, como son innumerables y riegan inmensos países despoblados y llenos de bosques, me ha sido imposible reconocerlos, y marcar con acierto su verdadero curso. Así me he limitado a dirigirlos desde sus confluencias con los grandes ríos a los puntos donde los he cortado en mis viajes, y lo demás por noticias a buen juicio; de modo que en esta parte hay precisamente muchos yerros que no podrán corregirse hasta que pasando bastantes siglos, se extienda la población por todos ellos. Entonces se sabría lo que son y el curso de dichos tributarios; y si el río Aracuay o Pilcomayo entra en el del Paraguay por dos brazos; uno poco más abajo de la Asunción y el otro en los veinte y cuatro grados y veinte y cuatro minutos de latitud como yo creo; o este último mucho más abajo según lo marca el mapa de don Juan de la Cruz.

4. Para arreglar mi mapa a un primer meridiano conocido en Europa, hice muchas observaciones en Montevideo, Buenos Aires, la Asunción y Corrientes de las inmersiones y emersiones de los satélites de Júpiter; que aunque por defecto de sus tablas astronómicas pueden dar errada en cinco leguas la diferencia de meridianos, no por eso lo estarán las posiciones respectivas de los puntos de mi mapa.



5. No se limitó mi atención a hacer dicho mapa, porque hallándome en un país vastísimo, sin libros ni cosas capaces de distraer la ociosidad, me dediqué los veinte años de mi demora por allá a observar los objetos que se ofrecían a mis ojos en aquellos ratos que lo permitían las comisiones del gobierno, los asuntos geográficos, y la fatiga de viajar por despoblados y muchas veces sin camino. Pero como para esto estaba yo solo, y los objetos que veía eran muchos más de los que podía examinar, me vi precisado a preferir, después de lo dicho, la descripción de los pájaros y cuadrúpedos quedándome pocos momentos para reflexionar sobre las tierras, piedras, vegetales, pescados, insectos y reptiles. Así mis observaciones sobre estos artículos se hallarán triviales y escasas, como escritas por quien no tenía tiempo ni inteligencia en tales materias. En cuanto a los hechos de toda especie que refiero, he procurado no exagerar nada, sin pretender que las reflexiones que de ello deduzco se crean, no hallándose fundadas. Muchas de ellas las omití en el primer borrador que hice de esta obra, temiendo a los críticos, y figurándome que ya las habrían hecho otros antes que yo; pero hoy, deponiendo estos temores, publico esta obra como la concibe mi mente, con el único fin de que sirva a la instrucción del gobierno y de la historia natural principalmente del hombre.

[...]



9. El que quiera reconocer este Salto debe caminar 30 leguas desiertas desde la población de Curuguaty hasta el río Guatemi. Allí ha de buscar árboles muy gruesos, para construir algunas canoas. En estas se han de embarcar los que han de ir y los víveres y demás necesario, dejando en el sitio alguna escolta armada con el equipaje y caballos, porque hay por allí indios silvestres. Las canoas navegarán 30 leguas hasta salir al Paraná, por dicho Guatemi, siempre con cuidado porque en los bosques de sus orillas suele haber indios que no dan —31→ cuartel. Cuando el Guatemi está bajo es preciso arrastrar las canoas sobre varios arrecifes, y alguna vez cargarlas al hombro. Aun restan que bajar por el Paraná tres leguas hasta el Salto las que pueden hacerse en las mismas canoas, o a pie por la orilla del grande bosque, aunque se destrozán las botas y zapatos con las puntas de las peñas. En las inmediaciones del Salto hay proporción para tomar las medidas geométricas que se quiera; y metiéndose por el bosque se puede reconocer lo inferior del Salto; bien que para esto es menester desnudarse totalmente porque llueve mucho. □



## XIV-De los pardos

Félix de Azara. *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*. Edición póstuma realizada por su sobrino Agustín de Azara, Madrid 1847

1. Para mejor inteligencia de lo que iré diciendo, será bueno saber que en los principios todo el país que describo y mucho más, componía un solo gobierno con un solo obispo que residían en la Asunción del Paraguay; pero no se tardó mucho en separar de él las provincias de Santa Cruz de la Sierra, de Moxos y Chiquitos, ni los portugueses en apoderarse de la isla de Santa Catalina y de las provincias de Cananea, de Vera, de San Pablo y del Guairá que todas pertenecían al mismo gobierno. De lo que restaba en 1620, se formaron dos, el del Paraguay y el de Buenos Aires, cuyos límites, largo tiempo indeterminados, se fijaron en el curso del río Paraná quedando aun sin asignarse en la parte de Chaco. El del Paraguay perdió mucho con haberle usurpado los portugueses las provincias de Jerez y Cuyabá y luego la de Matogroso.

2. Está poblado aquel país de tres castas de hombres muy diferentes, que son indios, europeos o blancos, y africanos o negros. Las tres se mezclan francamente resultando los individuos de que voy a hablar llamados con el nombre general de Pardos, aunque bajo el mismo incluyen a los negros. 3. Si el pardo es hijo de indio y blanco, le llaman mestizo, y lo mismo a toda la descendencia de este, con tal que no intervenga en ninguna de sus generaciones quien tenga sangre de negros poca ni mucha. Si el africano se une con blanco o con indio, llaman el resultado mulato, y también a la descendencia de este, aunque por continuar sus generaciones con blancos llegan a resultar individuos muy blancos y rubios con pelo lacio y largo. En algunas otras partes les dan otros nombres: por ejemplo, si el hijo mulato hijo de negro y blanco se junta con blanco, sale lo que llaman cuarterón por tener solo la cuarta parte de negro; pero si la tal junta o unión del mulato es con negro, le llaman salto atrás, porque en vez de salir a blanco, se retira teniendo tres cuartos de negro.

4. Siéndome imposible saber todas las mezclas que han intervenido para formar un mestizo o mulato, hablaré algo de lo físico y moral de ellos con la generalidad que he dicho dan a estos nombres, prescindiendo de su color más o menos claro, de su pelo, y de las más o menos generaciones que le hayan formado: ni quiero que en materia tan obscura se tenga mi opinión por cosa demostrada, sino llamar únicamente la atención para que otros la mediten.

5. Los conquistadores llevaron pocas o ninguna mujer al Paraguay, y uniéndose con indias, resultaron una multitud de mestizos a quien la corte declaró entonces por españoles. Hasta estos últimos años puede con verdad decirse que no han ido mujeres de afuera, ni aun casi hombres europeos al Paraguay, y los citados mestizos se fueron necesariamente uniendo unos con otros, de modo que casi todos los españoles allí, son descendientes directos de aquellos mestizos. Observándolos yo encuentro en lo general, que son muy astutos, sagaces, activos, de luces más claras, de mayor estatura, de formas más elegantes, y aun más blancos, no solo que los criollos o hijos de español y española en América, sino también que los españoles de Europa, sin que se les note indicio alguno de que desciendan de india tanto como de español. De aquí puede deducirse, no solo que las especies se mejoran con las mezclas, sino también que la europea es más inalterable que la india, pues a la larga desaparece esta y prevalece con ventajas aquella. Verdad es que como dichos vienen de españoles con indias, queda alguna duda de que lo que prevalece puede ser el sexo viril tan bien como la especie. Como al gobierno de Buenos Aires han arribado siempre embarcaciones con españoles y mujeres de Europa que se combinaron con los mestizos hijos de los conquistadores, la raza de estos se ha ido haciendo más europea, no se ha conservado tan pura ni conseguido las ventajas dichas de los paraguayos; los cuales, en mi juicio, por esto aventajan a los de Buenos Aires en sagacidad actividad, estatura y proporciones.

6. Las resultas de africano e indio que se llaman mulatos, y que por lo general tienen un color obscuro amarillazo, también aventajan algo en las formas y sagacidad a sus padres, principalmente a la parte de indio. Pero me parece que estas ventajas no llegan con mucho a las de los mulatos resultantes de africano y europeo; porque tengo a estos por la gente más ágil, activa, robusta, vigorosa, de mayor talento, viveza y travesura. Tal vez harían ya un gran papel por allá, sino fuese porque en llegando a ser pasablemente blancos, mudan muchos de pueblo y diciendo que son españoles pasan por tales dejando su clase. En cuanto a la moral, noto muy poca diferencia entre mestizos y mulatos, pues aunque entre ellos los hay muy honrados, lo más general es ser inclinado a la embriaguez, al juego de naipes y a las raterías. Las leyes ponen al mulato en la última clase, después de los europeos y sus hijos, de los indios mestizos y aun negros; pero la opinión común los gradúa iguales a los negros y mestizos y superiores a los indios.





7. En mi tiempo se hizo en el Paraguay el padrón o lista del número de españoles y de negros y mulatos, y resultó de él, haber allí cinco de aquellos por cada uno de estas dos clases; y aunque no se haya hecho igual padrón en el gobierno de Buenos Aires, yo creo que aun son más allí o a lo menos tantos los españoles respecto a los negros y mulatos. Estas dos clases se dividen en libres y esclavos y el número de aquellos al de estos es en el Paraguay, según el citado padrón, como 174 a 100; esto es, que por cada cien negros y mulatos esclavos hay 174 de los mismos libres. Esta misma proporción es generalmente en las colonias no españolas de América como 1 a 35, y la del número de blancos al de negros y mulatos, como 1 a 45. La enorme diferencia entre estas proporciones que hace conocer los pocos esclavos del Paraguay, viene principalmente de que allí no se pone reparo en que los esclavos se casen con indias, cuyos hijos nacen libres.



Pero también deben muchos su libertad a los generosos paraguayos, quienes además los tratan con humanidad poco común; de modo que la suerte de los esclavos allí, es igual y muchas mejor que la de los blancos del común del pueblo.



8. En el gobierno de Buenos Aires, los negros y mulatos libres no pagan tributo al erario, y viven sin más diferencia con los españoles, que la de no obtener autoridad pública. No es así en el gobierno del Paraguay, donde dispuso el visitador don Francisco Alfaro, que desde la edad de 18 a 50 años pagase cada varón tres pesos de tributo anual; pero como entonces no se conocía allí la moneda ni había comercio, no podían muchos negros y mulatos pagar tal tributo. Por esto se discurrió lo que llaman amparo, que es entregarlos a los eclesiásticos y españoles pudientes, para que a su arbitrio, y como si fuesen sus esclavos, los hiciesen trabajar pagando el tributo por ellos. No tardaron mucho aquellos gobernadores en entregar dichos pardos libres a sus favoritos, importándoles poco que pagasen o no el tributo, haciendo lo mismo con las mujeres y con todas las edades. Aun hoy sucede casi lo mismo; bien que lo más viven libremente sin pagar nada, por ignorarse su paradero en las campañas; y si les hostigan se pasan a otro gobierno. Los pocos que lo pagan, no es al erario, sino a lo que llaman ramo de guerra, que es un fondo de que disponen los gobernadores.

9. Un gobernador que en 1740 se vio muy acosado de los indios albayas, sacó del amparo a muchos negros y mulatos; y libertándolos del tributo, fundó con ellos el pueblo de la Emboscada, obligándoles a hacer el ejercicio militar que no habían aprendido hasta entonces. □



## Salida de Santa Fe a Corrientes, –fragmento–

Félix de Azara. *Viajes inéditos*, BB.AA. 1873. pgs- 20-30

Después de haber descansado de la fatiga, calor y mosquitos etc., nos embarcamos en-un bote el día 12 cerca de la una de la madrugada y apenas habíamos navegado aguas arriba 3/4 de legua cuando notamos que el bote estaba lleno de agua. Nos atracamos a tierra, descargamos, y solicitamos desde allí otro bote en que nos embarcamos a las tres de la madrugada. Seguimos a remo sumamente molestados de mosquitos. De este brazo del Paraná muchas vueltas. Sus costas según pude conocer, anegadizas y pobladas de sauces, timbos, seibos y otros árboles muy espesos, por entre los cuales noté algunos brazos o ramos del mismo Río que van hacia el Paraná grande y otros que venían al que navegábamos.

Llegamos al gran Paraná a las cuatro de la tarde, y enseguida lo atravesamos desembarcando a las 5 en lo que llaman Bajada. Subimos a una estancia que hay sobre la misma barranca, que está poblada de árboles, aunque parece se descubren peñas en algunos parajes y no es muy alta. Desde allí avisamos al comandante de la Capilla de la Bajada para que nos enviase caballos, y mientras tanto reconocimos nuestros equipajes y papeles, todos mojados.

Como esta navegación (que es la que hacen los buques que entran o salen de Santa Fe) es regularmente de 8 a 10 horas, en bote al remo, no habíamos hecho provisión de comida, ni aun nos desayunamos hasta llegar a la dicha capilla y haber cocido la cena, que eran ya las diez de la noche. Esta cena y desayuno, se hizo en casa del comandante que nos vino a buscar a dicha estancia distante de la capilla una buena legua, (1) toda de espinillos y algarrobos.

Es la Capilla de la Bajada, un pueblo y curato de moderna erección con 70 casas o ranchos. Dista en línea recta de Santa Fe, según dicen, 6 leguas, de quien dependía poco ha. Hoy está agregada a la jurisdicción del Gualeguay que es tenencia de gobernador dependiente de Buenos Aires. Viven dichos 70 vecinos de la cría de ganados y de arrancar unas raíces que tiñen de encarnado.

Dormimos como que no habíamos pegado los ojos la noche antes. Esta llovió sin cesar; pero habiendo parado, salimos a las siete de la mañana por entre un algarrobal claro y no muy alto que duró poco rato. El camino estaba muy pesado y los cargueros cayeron algunas veces. El terreno algo alomado y gredoso como los anteriores. A las 2 1/2 leguas pasamos el arroyo de las Tunas y a otras 2 1;2 el de las Conchitas que es pantanoso con bastante bañado en su inmediación que es baja, pero ambos corren cuando llueve. Pasado el último arroyo e inmediato a él, sobre una colinita está la estancia de Vera, donde llegamos bastante mojados, porque la última mitad del camino la hicimos lloviendo.

Siempre fuimos divisando hacia la izquierda u orilla del Paraná, mucha arboleda: también la había de algarrobos y espinillos alrededor de la Estancia y a la vera del último arroyo, de sauces, ombúes y otros. vi al paso dos o tres ranchos en el campo, y noté a 3/4 de legua de uno de ellos, la huella de un hombre, cosa que me admiró porque aquí nadie anda a pie, ni he visto otro tanto en América.

Por recomendación del dueño de la estancia que vive en Santa Fe, nos dieron caballos, en que salimos a las tres, habiendo cesado la lluvia. El camino fue a ratos entre bosques de algarrobos y alguna pequeña palma Yatay, y a ratos por campo raso, todo pequeñas colinas de greda. Algunas veces se descubría el Paraná, y también pasamos un arroyuelo. Finalmente al ponerse el sol llegamos al potrero del mismo Vera distante de su estancia 6 leguas.

Salimos el día 14 a las 6 en los mismos caballos, y habiendo caminado 6 leguas llegamos a la Posta del Arroyo Antonio Tomás. Como a la mitad de esta distancia pasamos el Arroyo María, y también algunos otros riachuelos de poca consideración. Cuando los de la Posta nos atisbaron de lejos, cerraron sus puertas y se huyeron al campo por no darnos caballos. Nos vimos obligados a volver atrás 1/4 de legua a un rancho que al paso habíamos dejado. Aquí comimos y tomamos caballos hasta la posta inmediata antes de llegar al arroyo Hernandarias que dista de donde salimos como 6 leguas. Solo hallamos aquí un viejo y dos caballos que lo eran más, y nos fue preciso continuar en los mismos. Los terrenos como los anteriores.



Seguimos hasta la posta del arroyo Alcaraz, que es la estancia de don Félix Troncoso; distante 5 leguas y media. Aquí dormimos. Inmediato a la posta del viejo pasamos el arroyo de Hernandarias, con agua a la barriga, y luego hasta la dormida es todo un continuo algarrobal, en muchas partes quemado. Los terrenos, ídem, menos en un riachuelo despreciable en que vi en su fondo alguna peña de tosca blanquecina, cuyos fragmentos o disolución, ya lo había reconocido antes en algunos parajes hacia el arroyo María.

Todos estos terrenos abundan en osos-hormigueros o Tamandúas, de leones y tigres, principalmente hacia los bosques de la costa del Paraná y los que pasamos esta tarde. En la casa en que sesteamos tenían colgados en las estacas del corral seis cabezas de tigre y tres de leones. Cuatro de los caballos que montamos tenían heridas no cerradas hechas el día antes por los tigres.

Me aseguran estas gentes que los tigres huyen del hombre cuando no están muy hambrientos o acostumbrados a comerlo; que no se, atreven a los toros o vacas; que solo embisten las terneras y caballos; que para matarlos, no lo hacen con las uñas o dientes, sino saltándoles al cuello y tomándoles con una mano el hocico y con la otra la cerviz, haciendo fuerza hasta desnucarlos llevando el hocico al cenit. Añaden que los tigres cebados prefieren la carne de los negros, porque cuando tienen elección llevan un hombre negro entre muchos blancos. Después del negro dicen que toma al mulato o indio, y el último es el blanco. Que cuando van dos, uno tras otro, asaltan al último. Dicen también que el león jamás hace daño al hombre aunque le persiga, que en este caso se sube a los árboles y llora; pero que hace mucho daño a los ganados mayores y menores porque mata cuanto puede cada vez, aunque solo haya de comer parte de UIIO: que el tigre es tan al contrario que si halla dos animales uncidos o acollarados; solo mata al uno y lo hace arrastrar hacia el bosque por el vivo; y que hasta consumido el muerto no mata al vivo. El modo de cazar unos y otros, es persiguiéndoles dos hombres en buenos caballos: cuando el tigre halla árbol o maciega se sienta: allí le embiste el uno para que huya, y luego que sale hostigado tras de aquel o tras los perros, el otro le tira el lazo y echa a correr a la disparada, arrastrándole hasta que conoce que está ya muerto, o bien el otro le enlaza también, y tiran cada uno por su lado, hasta matarle.

La ruta de este día la escribo de memoria; el papel en que estaba escrita se ha mojado en términos que no lo he podido leer.

Con ánimo de salir muy temprano hice amarrar los caballos de montar por la tarde, y tener encerrados los que debían ir por delante sueltos, porque yo ajusté aquí que me los habían de poner a la orilla del Guayquiraró. El alférez y los tres soldados concurren a amarrarlos, y lo hicieron de modo que en un instante se hallaron los dos mejores ahorcados; yo les pagué con 6 pegos fuertes que me pidieron.

No fue posible dormir esta noche por la infinita multitud de mosquitos y pulgas. Siete veces mudé la cama de lugar sin adelantar cosa alguna. Llovió toda la noche y viéndome tan acosado de los viles insectos me tendí dos veces en el campo sobre el agua expuesto a las víboras y a toda la lluvia, y ni aun esto me libertó de ellos. A mis compañeros sucedió casi lo mismo.

Salimos a las 5 de la madrugada el 15 y a cosa de una legua hallamos el arroyo de Alcaraz que ya merece nombre de río, porque no obstante de estar regular tuvimos que pasarlo en pelota y los caballos nadando. Tiene arenas y sus barrancas regularmente hondas bien pobladas de árboles. Como media legua pasado este río, hallamos una estancia del mismo Troncoso: legua y media más adelante pasamos el arroyo Feliciano con agua a la barriga y que puede contarse entre los ríos. Estaba en su caja: tiene en sus bajas barrancas y árboles y arena en sus orillas; y creo que así este como el anterior tienen su origen algo distante. Ambos son de agua salobre poca cosa. Pasado Feliciano, a las 4 leguas hicimos medio día y noche en el único rancho porque llovió por la tarde. Los terrenos son en todo como los anteriores sin más árboles que en los ríos y regachos.



Este rancho que solo tenía el techo de paja bastante clara y nada en los costados, lo habitaba un infeliz indio: faltaba en él todo comestible y aun el agua para beber y donde traerla. Los mosquitos eran infinitos. Estos y el hambre nos determinaron a salir sin pegar los ojos a las 2 menos cuarto de la mañana. La noche era oscura y muy nublada, y apenas habíamos andado media hora empezó a llover y entramos en un bosque de espinillos y algarrobales. Procurábamos llevar la mayor unión, tanto por no extraviarnos cuanto por miedo de los muchos tigres que hay en este bosque. Si alguno hubiese salido éramos perdidos sin remedio.

Espantados los caballos nos hubiéramos hecho pedazos contra los espinosos algarrobos. Perdido el camino, nadie sino un indio que nos acompañaba hubiese tal vez dado con él. Íbamos poco a poco siguiendo a tientas el dificultoso y poco trillado camino. Cuando paraba uno por precisión o para componer las cargas que tropezando contra los árboles o por resbalar las cabalgaduras se caían a cada paso, todos esperábamos. El dirigir los caballos sueltos costaba bastante: no obstante todo el cuidado, faltó poco para que ,arias veces dejase yo los ojos colgados de las espinas. Saqué no obstante toda la cara y manos ensangrentadas, y sucedió lo mismo a todos poco menos. En este conflicto, en que ni un momento nos dejó e] aguacero, en la lista que pasamos, echamos menos un soldado y no pudimos buscar por las circunstancias sobredichas, no teniendo más que un práctico bastante torpe, mucha oscuridad yagua encima, en medio y debajo.

Amaneció y seguimos siempre con la misma agua y molestias la mayor parte del camino por bosque donde de repente se sumergió un carguero en un hormiguero hasta las puntas de las orejas. Con dificultad lo sacamos á lazo. Finalmente llegamos al arroyo Hondo, de poca agua, e inmediato a él hallamos un buen rancho a las 11 del día, habiendo caminado cuasi siempre por espeso algarrobal y continuada lluvia 12 leguas. Ya se supone que no tuvimos cosa enjuta que ponernos. Aquí comimos y dormimos porque no cesó de llover toda la tarde. Puédese considerar cuales estaríamos llevando dos noches sin dormir y el día de ayer sin comer ni cenar, sin una hilacha enjuta, por cuya razón nuestra cama es el duro suelo o unos palos.

Salimos de este rancho, habiendo carecido de mosquitos a las 6 de la madrugada, y a 3/4 de legua entramos en un algarrobal. Poco después hallamos el arroyo de las Tacuaras que pasamos con bastante trabajo llevando los pozuelos sobre el arzón de la silla donde llegaba cuasi el agua. Apenas acabamos de pasar cuando empezó a caer sobre nosotros el diluvio universal. Estos terrenos son absolutamente horizontales, y, cansados ya de agua, toda la que caía quedaba sobre la superficie. Cinco leguas anduvimos por entre un bosque, siempre con agua a los estribos, y muchas veces más arriba hasta que hallamos el arroyo Yacaré de quien no teníamos noticia ni pudimos pasar. Llovía a cántaros: apearse era imposible porque en todas partes llegaría el agua a la cintura y no se veía punto alguno que manifestase tener poca agua: todo era un mar. Volver atrás era imposible porque e] arroyo de las Tacuaras no lo permitía. El recurso de la pelota era inútil con tanta lluvia y humedad.



Resolvimos esperar a caballo a que la lluvia cesase: esta a cada momento iba a mas con mayores truenos y relámpagos: crecía el agua bajo de los pies y todos ojeábamos los árboles como los contemporáneos de Noé: nuestros sombreros lacios del agua nos cegaban: la ropa nos abrumaba; no obstante, viendo que todo iba a peor nos determinamos a cortar con los cuchillos y una daguita algunas ramas para hacer balsa. "Horas gastamos en esta faena y cuando esperábamos ver cumplidos nuestros deseos, hallamos que la balsa mal formada se fue a pique.

*Canis azarae*. Zorro de las Américas llamado así en honor al naturalista aragonés.





Félix de Azara. Escultura de Edouard Batiste Alentorn. Ciudadela de Barcelona

Eran las dos de la tarde y nada teníamos que comer, cuando mi negro, excelente nadador, pasó el río a nado y fue en busca de la posta de Guaiqueará para traer cueros o algún auxilio. Hizo nuestra fortuna que no lejos del arroyo halló una carreta cubierta que le dio un cuero. Apenas le tuvimos cuando cesó la lluvia y salió el sol lo bastante para secarlo sobre un árbol y para abrasarnos y para que viniesen sobre nosotros increíble multitud de tábanos y moscas verdosas que sobre confundirnos nos llenaban de gusanos a nosotros y los recados.

A las cuatro de la tarde peloteamos el arroyo y seguimos, parte por bosque y parte sin él, hasta la posta inmediata al río Guayquiraró que dista del Yacaré tres leguas. En el camino matamos una nutria. Luego que llegamos se mató una ternera que medio viva empezamos a guisar y comer, estábamos muertos de necesidad: ya se supone que no teníamos sal ni pan; pero la necesidad suplía.

Volvió luego la lluvia: el rancho tan descubierto que no fue posible acomodarnos más que dos en él: los demás se alojaron bajo de una enramadita que cubrieron con dos cueros. El dueño del rancho, que era un porteño, el más desabrido del mundo, hasta el agua nos escaseó, y su cara era la peor de cuantos no quieren dar. Duró toda la noche el aguacero con viento furioso que se llevó muy distantes los cueros de la enramada. Los truenos y relámpagos fueron tan continuos que en más de tres horas de observación no hubo un solo momento sin que sonase el trueno y luciese' el relámpago. Por todas partes se llovía y todo se nos mojaba. Las pulgas eran infinitas y los mosquitos sin número: la cama; el pellón mojado sobre el suelo. Con los truenos se juntaron los continuos llantos y gemidos de un niño de ocho meses, la gritería de todos buscando abrigo sin hallarlo en parte alguna; las roncas y desapacibles voces de innumerables sapos y ranas y de gallinas arrojadas de sus dormitorios; los caballos, que, temerosos querían pisarnos, y muchos perros que sucios y mojados, con la cola entre las piernas llenos de tristeza y gimiendo se nos echaban encima. Parece escusado decir que nadie durmió: ni cesó el agua y amaneció lo mismo.

Sin embargo con la noticia de que el agua del Guayquiraró iba creciendo y que tardaría en bajar muchos días según su costumbre, resolví pasarlo sin pérdida de tiempo. Salimos lloviendo y con conocimiento que seguiría lloviendo mucho más, a las 8 por un continuo bañado y bosque hasta la inmediación del río, Aquí -hallamos una cañada ancha; punto menos que a nado, y al mismo tiempo apretó tanto el aguacero que ni nos veíamos unos a otros. Sufrimos como se pudo, parados como hora y media, la tempestad, y cuando hubo cesado nos hallamos a la orilla de otra cañada inmediata a la anterior que pasamos a 2 leguas de nuestra salida. □

